

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Una aproximación a la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases en la Argentina de los '90.

Bonnet, Alberto (UBA / UNQ).

Cita:

Bonnet, Alberto (UBA / UNQ). (2007). *Una aproximación a la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases en la Argentina de los '90. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/1027>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XI JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Título: “Una aproximación a la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases en la Argentina de los 90”.

Mesa Temática Abierta: Mesa 114 “Estructuras, sujetos y procesos en América Latina contemporánea”.

Autor: Bonnet, Alberto. Doctor en Ciencias Sociales. Docente e investigador, Facultades de Ciencias Sociales y Filosofía y Letras – UBA y Departamento de Ciencias Sociales – UNQ. Dirección: EEUU 3785 Dto.3, Ciudad de Buenos Aires. Teléfono: 4931-9415. Email: abonnet@unq.edu.ar

Una aproximación a la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases en la Argentina de los 90

Introducción

Es sabido que durante la década de los noventa se registraron profundos cambios en las características que asumen las luchas sociales en nuestro país, cambios que se hicieron muy evidentes en la segunda mitad de la misma y particularmente en el ascenso de esas luchas sociales que desembocó en la insurrección que cerró dicha década. Esta ponencia propone un acercamiento a esos cambios mediante su conceptualización como una metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. La ponencia apunta entonces a esquematizar esta metamorfosis del modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que fue afianzándose paulatinamente a través de los sucesivos ascensos de las luchas sociales durante la década.

En la primera sección propondremos una somera aproximación a esta noción de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. En la segunda ya nos adentraremos en la metamorfosis en este modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que tuvo lugar en la Argentina durante la década de los noventa. En la tercera nos concentraremos en el proceso de luchas sociales que desembocó en la insurrección de diciembre de 2001

porque en el mismo se puso en evidencia, de manera privilegiada, el resultado de esa metamorfosis. Y volveremos finalmente, en las conclusiones, sobre este concepto de metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases.

1. La noción de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases

De aquí en adelante emplearemos la noción de *modo de desenvolvimiento de la lucha de clases* como un concepto de un nivel intermedio de abstracción que remite al modo específico en que se desarrolla la lucha de clases en una sociedad y durante un período histórico determinados. Naturalmente, la conciencia de que en distintas sociedades y/o períodos históricos pueden identificarse diferentes maneras en que desarrolla la lucha de clases está ampliamente presente en la tradición marxista. Recordemos apenas las reflexiones del viejo Engels o incluso del viejo Blanqui sobre la lucha de barricadas, las consideraciones de Pannkoek sobre la innovación que habían introducido los consejos en relación con los sindicatos y partidos preexistentes, la diferenciación de Gramsci entre revolución permanente y hegemonía o entre oriente y occidente. En todos estos casos, entre tantos otros, está evidentemente en juego una aguda conciencia acerca de la mutabilidad en la manera en que desarrolla la lucha de clases. Sin embargo, no sabemos de ningún concepto intermedio que haya sido forjado dentro de esa tradición marxista para conceptualizar esas maneras en que desarrolla la lucha de clases.¹ En consecuencia, aquí usaremos esta expresión neológica de *modo de desenvolvimiento de la lucha de clases* porque no conocemos una expresión alternativa, aunque sin pretender que nombra un concepto enteramente nuevo.

Para analizar un modo de desenvolvimiento de la lucha de clases es necesario, naturalmente, analizar las características que asume esa lucha de clases en la sociedad y el período en cuestión. Estas características son constitutivas, justamente, de esa noción

¹ Sospechamos, en realidad, que esta ausencia se encuadra dentro del marco más amplio de un escaso desarrollo del aparato conceptual marxista para el análisis de las luchas sociales –salvo en su dimensión estrictamente política. Este escaso desarrollo atenta contra la posibilidad de un auténtico análisis crítico de las luchas sociales, análisis que en la mayoría de los casos suele quedar reducido a meras descripciones o, en el mejor de los casos, a pseudo-análisis cuyos marcos conceptuales, provenientes de la denominada *teoría de la acción colectiva* a la moda (véase especialmente S. Tarrow *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997), están constituidos por meras generalizaciones empíricas.

de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Y estas características se relacionan con las cuatro dimensiones tradicionalmente asociadas con las luchas sociales, a saber, sus sujetos, sus demandas y sus modos de organización y de acción. Por cierto, estas cuatro dimensiones pueden distinguirse analíticamente, pero no pueden asumirse como objetos separados porque se hallan estrechamente vinculadas entre sí. La conjunción de determinados sujetos, demandas y modos de organización y acción resulta justamente en un igualmente determinado modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Nuestro análisis posterior, entonces, se detendrá en estas cuatro dimensiones.

Para analizar las mutaciones de un modo de desenvolvimiento de la lucha de clases es necesario, por su parte, identificar el principio que explica esas mutaciones. E identificar con precisión este principio es un punto importante porque los cambios en la manera en que desarrolla la lucha de clases están normalmente asociados con diversos cambios en otros órdenes de la vida social. En otras palabras: esta categoría intermedia de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases está asociada con varias otras categorías intermedias, tales como las de forma de estado y estrategia de acumulación, y, por consiguiente, las metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases está asociadas con otras metamorfosis en la forma de estado, la estrategia de acumulación, etc. En nuestro caso, como veremos más adelante, la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases durante la década de los noventa que nos incumbe está estrechamente asociada a la vigencia de una nueva hegemonía política neoconservadora, la hegemonía menemista. Una hegemonía neoconservadora asociada a su vez con sus correspondientes forma de estado -reforma del estado en sentido amplio mediante- y estrategia de acumulación –implementación de la convertibilidad mediante. No podemos, naturalmente, detenernos en esta hegemonía, forma de estado y estrategia de acumulación en esta ponencia.² Pero debemos precisar qué relación guardan con ese modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Explicitemos entonces el supuesto, que haremos nuestro de aquí en adelante, de que son la explotación y la dominación capitalistas, y no las luchas sociales, las que carecen de creatividad y se ven forzadas a adaptarse al desenvolvimiento de la lucha de clases.³ Esto significa que no debemos

² Para un análisis de los mismos remito a A. Bonnet: *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Bs. As., Prometeo, 2007 (en prensa). En esta ponencia recuperamos, básicamente, ese análisis.

³ Remito a la relación entre lucha de clases e innovación capitalista planteada por autonomistas como T. Negri (véase por ejemplo “Interpretation of the class situation today: methodological aspects”, en W. Bonefeld, R. Gunn y K. Psychopedis: *Open Marxism II*, Lobres, Pluto, 1992),

explicar la articulación y desarticulación de esa hegemonía menemista, con sus correspondientes forma de estado y estrategia de acumulación, como determinante ni siquiera como contexto, sino como resultado de ese desenvolvimiento de la lucha de clases. La insurrección que clausuró la hegemonía menemista en diciembre de 2001 fue, en este sentido, el momento en que la lucha de clases evidenció privilegiadamente el modo de desenvolvimiento que había adoptado durante la década de los noventa. Y esto también significa que no debemos buscar el principio que explica las metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases afuera, sino adentro, de ese mismo modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. La metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases durante la década de los noventa en su conjunto, en este sentido, consistió en un prolongado proceso en cuyo seno los puntos de inflexión corresponden estrictamente a los propios auges y retrocesos de las luchas sociales. Así pues, durante la década, las sucesivas oleadas de luchas sociales pueden distinguirse, no sólo como períodos de conflictividad más intensa, sino también como períodos que van acarreado consigo cambios cada vez más profundos en las características –atinentes a las dimensiones antes mencionadas de los sujetos, demandas y modos de organización y de lucha- mismas de esas luchas sociales.

2. La metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases

La metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que tuvo lugar en Argentina durante la década de los noventa puede sintetizarse, en una primera aproximación, como un desplazamiento desde la centralidad de los sectores de la clase trabajadora empleados en el sector privado, particularmente en la industria, con sus organizaciones sindicales, sus demandas predominantemente salariales y sus huelgas en sus lugares de trabajo, hacia la centralidad de otros sectores de la clase trabajadora expulsados o amenazados de ser expulsados de sus puestos de trabajo, con sus demandas predominantemente vinculadas con sus empleos y sus nuevos modos más comunitarios de organización y de lucha.

aunque, aunque no sin la mediación de las críticas de J. Holloway a la tradición autonomista (véase *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Bs. As., Herramienta / ICSyH-BUAP, 2002).

Enseguida justificaremos esta definición y profundizaremos en su contenido. Sin embargo, puesto que muchos sociólogos dedicados al campo de investigación de los movimientos sociales, la protesta o la acción colectiva se refieren a un desplazamiento en apariencia semejante, conviene precisar antes qué entendemos nosotros mismos por dicho desplazamiento. Federico Schuster, Sebastián Pereyra y otros investigadores del GEPSAC, por ejemplo, intentaron conceptualizar ese desplazamiento en términos de una transición desde una “matriz sindical” o “laboral”, todavía dominante durante la primera mitad de la década de los noventa, hacia una “matriz ciudadana” o “cívica”, dominante durante la segunda.⁴ Pero este u otros abordajes semejantes de dicho desplazamiento pueden conducirnos a errores. En efecto, en su mayoría, las nuevas luchas sociales que ya desde comienzos de la década de los noventa comenzaron a registrarse en las márgenes de la lucha sindical (lucha sindical que todavía seguía explicando por entonces las dos terceras partes de los conflictos) no anunciaban ninguna transición hacia un predominio de las luchas cívicas o ciudadanas propiamente dichas sino, más bien, hacia un predominio de nuevas modalidades no-sindicales de lucha de los trabajadores –a las que, ciertamente, se sumarían otras luchas protagonizadas por otros sectores subalternos.⁵

Estamos, en consecuencia, en presencia de un desplazamiento entre dos modos distintos de desenvolvimiento de una misma lucha de clases o, en otras palabras, de una lucha contra una misma reestructuración en curso de la explotación y la dominación capitalistas, pues de la propia unidad de esa explotación y esa dominación se deriva la unidad de las luchas contra ellas. Y esta unidad no es una abstracción –una abstracción, en un sentido riguroso, es por el contrario esa multiplicidad de conflictos dispersos que habita los papers del *mainstream* sociológico. Pero afirmar esta unidad no implica

⁴ Véase F. Schuster y S. Pereyra: “La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política”, en N. Giarraca y colaboradores: *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*, Bs. As., Alianza, 2001; F. Schuster, G. Pérez, S. Pereyra, M. Armesto, A. García, A. Natalucci, M. Vázquez y P. Zipcioglu: *Transformaciones de la protesta social en Argentina 1989-2003*, Documento de Trabajo 48, Instituto de Investigaciones Gino Germani, FCS-UBA, 2006; F. Naishtat, F. Schuster, G. Nardacchione y S. Pereyra (comps.): *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en Argentina contemporánea*, Bs. As., Prometeo, 2005 y, en general, los trabajos del Grupo de Estudios de Protesta Social y Acción Colectiva (GEPSAC).

⁵ Cierta predominio de esas luchas cívicas o ciudadanas se registró efectivamente, en cambio, durante un breve período en los inicios de la transición democrática, aproximadamente entre 1983 y 1985 y de la mano del movimiento de derechos humanos. En este sentido puede revisarse, entre otros, la compilación de E. Jelin: *Movimientos sociales y democracia emergente*, Bs.As., CEAL, 1987.

afirmar que el desenvolvimiento histórico de la lucha de clases es un proceso en el que las diversas luchas sociales se encuentren unificadas de antemano en una suerte de devenir indiferenciado. Para ilustrar este punto, consideremos el caso extremo de dos sindicatos docentes que se disponen a enfrentar, en una misma coyuntura, una misma medida de descentralización de las instituciones educativas: los docentes del primero declaran la huelga y convocan a padres y alumnos a un acto en defensa de la educación pública (por ejemplo, la huelga de 48 horas y la marcha al congreso de comienzos de julio de 1992); los docentes del segundo también declaran la huelga, pero se movilizan junto a otros empleados públicos, desocupados, jubilados y, en una acción conjunta, paralizan la ciudad con sus piquetes, enfrentan a la policía, asaltan e incendian las sedes de los tres poderes y las viviendas de los caudillos políticos locales (por ejemplo, en el *santiagazo* de mediados de diciembre de 1993). Se trata, incluso en este caso extremo donde son los mismos docentes quienes luchan, de **dos modalidades distintas** de lucha social que no podemos disolver en una misma lucha indiferenciada. Vayamos ahora al extremo opuesto. Los trabajadores de diversas dependencias del sector público de una ciudad del interior se movilizan en defensa de sus salarios y empleos amenazados por el ajuste presupuestario: municipales, estatales, docentes primarios, secundarios y universitarios, empleados de la sanidad, avanzan por las calles de San Salvador, se enfrentan con la policía, varios dirigentes son arrestados y cae el tercer gobernador de la Jujuy en apenas tres años y medio, a mediados de abril de 1994. Por otra parte los obreros industriales lanzan paros por aumentos de salarios: los metalúrgicos de la UOM realizan cuatro huelgas generales, durante la primera mitad de 1992, para forzar al ministerio de trabajo a convalidar los aumentos salariales contemplados en un convenio colectivo firmado con la patronal que viola el decreto 1334/91 de aumentos salariales por productividad. Se trata, también en este caso extremo en el que los sectores en lucha son muy diferentes, de dos modos de desenvolvimiento de una misma lucha de clases.

Ahora bien, las nuevas modalidades no-sindicales de lucha de los trabajadores antes mencionadas siguieron articulándose a menudo, durante la década de los noventa en su conjunto, como no podía ser de otra manera, con aquellas modalidades sindicales más tradicionales de las que habían emergido.⁶ Esta articulación resultó especialmente

⁶ Esta articulación aparece ciertamente en análisis como los de M. Farinetti: “¿Qué queda del ‘movimiento obrero’? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina”, en *Trabajo y Sociedad* 1, Bs. As., ASET, 1999 o A. Scribano: “Argentina ‘cortada’: cortes de ruta y visibilidad social en el contexto del ajuste”, en M. López Maya (ed.): *Lucha popular*,

evidente en los conflictos provinciales generalizados que comenzaron con el *santiagazo* y el *riojazo* de fines de 1993, prosiguieron en otras provincias a mediados de 1994 y se generalizaron durante 1995, conflictos en los que las luchas sindicales de los trabajadores del sector público en sus distintos niveles desempeñaron un papel decisivo. Pero es importante precisar la naturaleza de esta articulación. Esta articulación implica que esas nuevas modalidades no-sindicales adoptaban una serie de características provenientes de aquellas modalidades sindicales de las que emergían, pero también que, a la vez, estas modalidades sindicales más tradicionales se modificaban en ese mismo proceso. Así pues, los cortes de ruta de los trabajadores desocupados provenían de los piquetes de los trabajadores ocupados, pero se diferenciarían de estos piquetes, y los trabajadores ocupados adoptarían a su vez esos cortes de ruta como medida de lucha. Esta articulación entre modalidades sindicales y no-sindicales de lucha que se estaba registrando en los conflictos provinciales, en síntesis, no consistía en un mero agregado o combinación, sino que desembocaría en un nuevo modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Pero agreguemos también que esta articulación no incluía de ninguna manera a la clase trabajadora en su conjunto sino, fundamentalmente, a los trabajadores del sector público que habían perdido o corrían riesgo de perder sus puestos de trabajo en ciertas ciudades del interior. La mayoría de la clase trabajadora, los trabajadores del sector privado en su conjunto e incluso los del sector público de las ciudades más grandes y con mayor incidencia en la política nacional, siguieron durante años encarando luchas sindicales más tradicionales. Este nuevo modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que comenzó a gestarse en el interior del país y en esa articulación entre modalidades sindicales y no-sindicales de lucha de los trabajadores convivió, aún en una posición subordinada durante la primera mitad de la década, con ese otro modo de desenvolvimiento tradicionalmente sindical de la lucha de clases. Pero se impondría paulatinamente como modo dominante durante la segunda mitad de la misma.

La consolidación de un nuevo modo no-sindical de desenvolvimiento de la lucha de clases puede constatarse más precisamente a partir de la bifurcación que se registra, a mediados de la década, entre la dinámica de los conflictos sindicales y no-sindicales. Tenemos pues, esquemáticamente, una dinámica de luchas sindicales que culmina en las huelgas generales de la segunda mitad de 1996 y una dinámica de luchas no-sindicales

democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste, Caracas, Nueva Sociedad, 1999.

que en esa coyuntura recién estaba comenzando a profundizarse con los primeros grandes cortes de ruta y puebladas neuquinos. Es cierto que esas huelgas generales y grandes cortes de ruta pueden seguir siendo considerados como componentes de una misma dinámica de conflictos, a pesar de ese desfazaje cronológico entre la dinámica de las luchas sindicales y no-sindicales. Pero, detrás de este desfazaje cronológico, se esconde en verdad una divergencia más profunda.

Esta divergencia se pone de manifiesto apenas intentamos periodizar las luchas sociales de la década. Así, en sus importantes esfuerzos de periodización, Nicolás Iñigo Carrera y sus colaboradores de PIMSA sostienen que el *santiagazo* de diciembre de 1993 introdujo un punto de inflexión y que las huelgas generales siguieron siendo hitos capaces de proveer un criterio de periodización adecuado para las luchas sociales de la década en su conjunto, incluyendo aquellos grandes cortes de rutas y puebladas del interior.⁷ Nosotros pensamos, más bien, que la dinámica de esas luchas no-sindicales durante este período alcanza una centralidad suficiente como para justificar que periodicemos las luchas sociales en su conjunto a partir de las mismas, es decir, que se impone como un nuevo modo dominante de desenvolvimiento de la lucha de clases. Tengamos en cuenta, por ejemplo, que el promedio mensual de conflictos entre 1989 y 1994 (cinco años en los cuales la CGT realizó una sola huelga general) supera ampliamente el promedio mensual de conflictos entre 1995 y 1999 (cuatro años en los cuales esa misma CGT realizará cuatro huelgas generales). El año 1996 en particular es, a la vez, el año de menor combatividad entre las bases trabajadoras (siempre a la luz de ese número de conflictos mensuales promedio) y de mayor combatividad de la burocracia cegetista (a la luz de sus huelgas generales). Tenemos aquí una evidente disociación entre la combatividad de las cúpulas cegetistas y de las bases. Pero, además, ni la evolución de la combatividad de las bases ni la de la burocracia sindical parecen correlacionarse con la evolución de la combatividad no-sindical. Esa evolución de la combatividad de las bases sindicales puede explicarse fácilmente si atendemos a que la mayor conflictividad del primer período se sustenta en luchas sindicales defensivas del sector público contra despidos, suspensiones y atrasos en los pagos de salarios, mientras

⁷ Véase en este sentido los trabajos del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA) sobre el período, particularmente N. Iñigo Carrera: “Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización”, en *PIMSA Documentos y Comunicaciones* 32, Bs. As., 2001, y N. Iñigo Carrera y M. C. Cotarelo: “La protesta social en los 90. Aproximación a una periodización”, en *PIMSA Documentos y Comunicaciones* 27, Bs. As., 2000.

que la menor conflictividad del segundo responde al disciplinamiento que ejerció el desempleo de masas desde mediados de la década sobre el conjunto de los trabajadores.⁸ Esa evolución disociada de la combatividad de las cúpulas sindicales podría explicarse por su parte a partir de su naturaleza burocrática. Pero, además, en ese año de 1996 en que alcanzan su punto culminante las huelgas generales de esta burocracia sindical, apenas estaban gestándose los grandes cortes de ruta y puebladas *petroleros*, es decir, esos conflictos que se posicionarían en el centro de la lucha de clases durante los dos años siguientes mientras aquella burocracia desactivaba sus combates para negociar con la administración menemista.

3. La metamorfosis y la insurrección de diciembre

Revisemos ahora brevemente las características del proceso de luchas sociales que desembocó en la insurrección de diciembre de 2001, pues en el mismo se puso en evidencia de una manera privilegiada el resultado de la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que acabamos de analizar. Pero antes conviene que explicitemos algo que permanece implícito en semejante abordaje de las jornadas de diciembre. En efecto, vincular esta insurrección que clausura la década con aquella metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que había tenido lugar durante la misma significa descartar una serie de interpretaciones que presentaron esa insurrección como una suerte de acontecimiento *ex nihilo*.⁹ Estas interpretaciones son incapaces de explicar esta insurrección de diciembre de 2001 y, a la vez, dejan en la sombra aquella metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases de la década de 1990.

⁸ Véase el análisis de A. Piva: “La década perdida. Tendencias de la conflictividad obrera frente a la ofensiva del capital (1989-2001)”, en *Cuadernos del Sur* 32, Bs. As., 2001.

⁹ Nos referimos a interpretaciones como las que pueden encontrarse en Colectivo Situaciones: *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, Bs. As., De mano en mano, 2002 o en R. Zibechi: *Genealogía de la revuelta*, La Plata-Montevideo, Letra libre-Nordan, 2003. Propuse una severa crítica de estas interpretaciones en A. Bonnet: “Diciembre en los pasillos de la academia. Luchas sociales y micropolíticas posmodernas”, en *Cuadernos del Sur* 37, Bs. As., 2004 y en “¿*Multitudo ex nihilo?* A propósito de ciertas interpretaciones de la insurrección argentina de diciembre de 2001”, ponencia presentada en las II Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente, Facultad de Filosofía y Letras - UBA, Bs. As., 20-21/8/04.

Ahora bien, en la insurrección de diciembre confluyeron en la lucha diversos sujetos sociales que se habían consolidado durante la segunda mitad de la década de los noventa. Los trabajadores desocupados son, naturalmente, uno de los más novedosos de esos sujetos y jugó un papel decisivo en la escalada de luchas sociales que culminó en la insurrección de diciembre, particularmente en sus momentos de mayor radicalización. Los altos niveles de desempleo y subempleo generados por las privatizaciones de las empresas públicas propias de la reforma del estado, en un primer momento, y por las presiones competitivas desatadas por la convertibilidad, en un segundo momento, y que sumados llegaron a afectar a más de un tercio de la población económicamente activa, sumados a la inexistencia de un sistema de subsidios de desempleo suficientemente desarrollado y consolidado, alimentaron la emergencia y la creciente organización y combatividad del *movimiento piquetero* desde mediados de la década.

El movimiento estaba compuesto por diversas organizaciones locales, barriales o poblacionales, que en algunos casos fueron integrándose a movimientos nacionales (CCC, FTV-CTA, Bloque Piquetero) y que, en la coyuntura de fines de 2001, alcanzaron incluso una coordinación entre ellas a escala nacional (con las Asambleas Nacionales de Organizaciones Territoriales, Sociales y de Desocupados, los llamados *congresos piqueteros*). Los criterios organizativos, orientaciones político-ideológicas, relaciones mantenidas con partidos, sindicatos e instituciones estatales, modalidades de lucha priorizadas y demandas varían en gran medida entre las distintas organizaciones.¹⁰ Pero esto no impide que algunas características sean compartidas por la mayoría y/o por las mayores de las mismas. Ellas descansan normalmente sobre la percepción de subsidios de desempleo y la decisión colectiva acerca de su uso, pero también sobre una amplia red de actividades autoorganizadas: ocupaciones de tierras, trabajo comunitario, trueque, comedores y guarderías, salas de primeros auxilios, talleres de formación, etc.

El emprendimiento de estas actividades contribuye, por una parte, a reforzar el sesgo territorial de estas organizaciones, sesgo proveniente ya del propio reemplazo de los lugares de trabajo por los pueblos y los barrios como espacios de organización. El movimiento piquetero comparte este sesgo territorial con movimientos como el MST brasileño o el EZLN mexicano aunque, a diferencia de ellos, dicho sesgo no proviene de su carácter rural sino de ese desplazamiento de los lugares de trabajo a los pueblos y

¹⁰ Compárense, por ejemplo, los análisis de A. Massetti de la FTV de zona norte (*Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, Bs. As., Editora de las Ciencias – FLACSO, 2004) con los de M. Pacheco del MTD de Alte.Brown (*Del piquete al movimiento*, Cuadernos de FISyP 11, Bs. As., FISyP, 2004).

barrios, ambos de carácter igualmente urbano. Algo semejante puede afirmarse, aunque acaso en menor medida, respecto de otros movimientos surgidos durante la década del noventa –como las asambleas populares, a las que nos referiremos más adelante.¹¹ Por otra parte, el hecho de que este emprendimiento de actividades autoorganizadas conviva con la percepción de subsidios de desempleo por parte de estas organizaciones genera una compleja tensión entre la independencia y la dependencia de las mismas respecto del estado. La casi totalidad de estas organizaciones piqueteras de conjunto mantenían, en efecto, relaciones con el estado, ya sea a nivel nacional, provincial y/o municipal, relaciones que descansaban primariamente en la mencionada percepción de subsidios de desempleo, pero también secundariamente de subsidios a esos mismos emprendimientos autoorganizados.^{12 13}

Las decisiones importantes eran adoptadas mediante deliberaciones y votaciones en asambleas, de manera más o menos democrática según los casos, que coexistían con la delegación en dirigentes de distintos niveles. Las orientaciones político-ideológicas de estas organizaciones abarcan desde un populismo más o menos tradicional (caso de la FTV-CTA) hasta la izquierda radical en sus distintas variantes (casos del Bloque Piquetero), pero es importante tener en cuenta que estas diferencias solían separar a sus dirigencias (a menudo vinculadas con organizaciones partidarias o sindicales de escala nacional) antes que a sus bases (a menudo exclusivamente involucradas en sus reclamos más inmediatos).¹⁴ Las relaciones que mantienen las organizaciones piqueteras con los

¹¹ Este sesgo territorial no es, ciertamente, la única característica que estos movimientos comparten con otros latinoamericanos. No podemos detenernos aquí en este punto, pero véase para un panorama H. Ouviña: “Piqueteros, Zapatistas y Sin Tierra: nuevas radicalidades políticas en América Latina”, en *Cuadernos del Sur* 37, Bs. As., 2004.

¹² Un análisis inteligente de esta tensión se encuentra en G. Almeyra: *La protesta social en la Argentina (1990-2004)*, Bs. As., Peña Lillo / Ediciones Continente, 2004 (véase asimismo nuestro comentario “Luchas sociales y neoconservadurismo: a propósito de *La protesta social en la Argentina (1990-2004)* de Guillermo Almeyra”, en *Cuadernos del Sur* 38-39, Bs. As., 2005). La enorme mayoría de las organizaciones intentaba enfrentar esta tensión ensayando estrategias de relacionamiento con el estado que preservaran su independencia política, mientras que apenas unas pocas y pequeñas de ellas intentaron hacerlo prescindiendo de los subsidios – véase el caso del MTD de La Matanza en T. Flores (comp.): *De la culpa a la autogestión*, Bs. As., Ed. MTD, 2002.

¹³ Estas relaciones con el estado plantean indudablemente uno de los desafíos más importantes a la independencia política de las organizaciones piqueteras. Pero apenas unas pocas y pequeñas organizaciones intentan enfrentar este desafío prescindiendo de los subsidios (caso del MTD La Matanza, Flores 2002): la enorme mayoría intenta enfrentarlo diseñando diversas estrategias de relacionamiento con el estado que preserven su independencia política.

¹⁴ El mejor indicador de esta diferencia entre dirigencias y bases radica en las dificultades que aquellas enfrentaron cuando intentaron traducir políticamente su liderazgo social: cuando Carlos Santillán (CCC), Luis D’Elía (FTV-CTA) o Néstor Pitrola (PO) se postularon como candidatos,

partidos y sindicatos variaban igualmente según los casos, pero se distinguían tres modalidades fundamentales: organizaciones integrantes de centrales sindicales (como la FTV), vinculadas con partidos de izquierda (como la mayoría de las integrantes del Bloque Piquetero) e independientes (como los diversos MTDs).¹⁵

El corte de ruta y la movilización articulaban, naturalmente, las modalidades de lucha del movimiento piquetero. Estas acciones revestían características distintas en los pueblos y pequeñas ciudades del interior (más radicalizadas, vinculadas con la acción directa y el enfrentamiento con las fuerzas represivas, y a la vez más comunitarias, integradas en las puebladas) y en las grandes ciudades capitalinas (menos radicalizadas, ceñidas al corte de accesos y la manifestación pacífica, y a la vez menos comunitarias). Pero en todos los casos comparten una misma estrategia básica de reemplazo de la interrupción de la producción (la huelga en los lugares de trabajo) por la interrupción de la circulación (el corte de ruta).¹⁶

La dinámica de la lucha piquetera durante la segunda mitad de los noventa se caracterizó por sendas tendencias hacia una intensificación y una migración desde el interior hacia las grandes ciudades.¹⁷ Y esta lucha piquetera, que alcanzó su máximo impacto en los planes nacionales de cortes de ruta que paralizaron las grandes ciudades del país en julio y agosto de 2001, fue un componente decisivo del proceso que culminó en la insurrección de diciembre. Pero la importancia de la lucha piquetera excedió a las propias luchas del movimiento piquetero. Los piquetes, en las jornadas de diciembre, alcanzaron el corazón de la *city* financiera porteña. Pero esto no significa que las organizaciones piqueteras hayan cortado las calles céntricas, sino que sus cortes de ruta fueron adoptados por las masas movilizadas como modalidad propia de lucha. Se trata,

en diversas elecciones, el número de votos que cosecharon fue menor que el de miembros de las organizaciones que dirigían (pero esto no era sino un indicador del atraso político de sus bases: estas seguían votando a los caudillos peronistas locales en vez de votar a sus propios dirigentes piqueteros).

¹⁵ Nos valemos de la tipología propuesta por M. Svampa y S. Pereyra: *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Bs. As., Biblos, 2003.

¹⁶ Véase en este sentido el análisis de E. Lucita: “Cortando rutas, abriendo nuevos senderos”, en *Cuadernos del Sur* 32, Bs. As., 2001.

¹⁷ Los cortes de ruta se multiplicaron intensamente hacia fines de la década: 140 en 1997, 51 en 1998, 252 en 1999, 514 en 2000, 1383 en 2001 y 945 en los primeros cuatro meses de 2002. Respecto del total resultante de 3285 cortes, el 29% (939) tuvieron lugar en la provincia de Buenos Aires, el 15% (505) en Jujuy, el 11% (360) en Capital, el 7% (220) en Salta, el 5% en Neuquén (165), Tucumán (161) y Córdoba (156) y el 4% (133) en Chaco. En relación con la cantidad de habitantes correspondientes, empero, Jujuy, Neuquén, Tucumán y Salta son en ese orden las provincias que registraron mayores índices de cortes de ruta (según datos del Centro de Estudios Nueva Mayoría).

naturalmente, de ese rasgo característico de las luchas sociales que Tarrow clasificó como “modularidad”. Así, las masas movilizadas adoptan el piquete del movimiento piquetero, como modalidad de lucha, que ese movimiento piquetero había adoptado a su vez del movimiento obrero sindicalizado. También los trabajadores de las aerolíneas habían cortado las pistas de aterrizaje como los piqueteros las rutas. Y los assembleístas adoptarían los escraches, para denunciar a los políticos, con los que el movimiento de derechos humanos denunciaba a los genocidas del proceso. Y así sucesivamente pueden seguir multiplicándose los ejemplos, pero más importante es precisar las implicancias de este fenómeno. Esta circulación de modalidades de lucha entre los diversos sujetos sociales es, precisamente, uno de los niveles en que se realiza su confluencia en las jornadas de diciembre: no aún a nivel de la conciencia, sino a nivel de la práctica misma.

Pasemos ahora a considerar a los trabajadores empleados en el sector público. Los empleados públicos, particularmente los agremiados en la CTA, ya habían encarado jornadas de lucha decisivas contra las privatizaciones de comienzos de los noventa y volvieron a protagonizar importantes luchas durante el período que nos interesa. Los empleados públicos estatales, provinciales y municipales fueron las víctimas directas de los sucesivos ajustes, que implicaron la reducción de sus salarios, la supresión de otros de sus ingresos parasalariales (caso del sistema de incentivos docentes), el deterioro de sus condiciones de trabajo (en escuelas, hospitales) y despidos (como en el caso de los empleados públicos provinciales) y se convirtieron en uno de los pilares decisivos de la resistencia contra los mismos.¹⁸ Estos ajustes también habían afectado a los trabajadores del sector privado, ciertamente, aunque de manera más indirecta: a través del recorte de los servicios sociales y, acaso menos perceptiblemente, a raíz de que la reducción de los salarios en el sector público potenciaba la ofensiva que las patronales venían encarando, desde comienzos de la crisis que cierra la década, hacia la reducción de salarios en el sector privado. Pero, golpeados por el desempleo, la flexibilización de los contratos y las condiciones de trabajo y el más brutal despotismo patronal en los lugares de trabajo durante una década entera, y sometidos a las cúpulas sindicales más burocráticas y comprometidas con las políticas neoconservadoras de los sucesivos gobiernos (las integrantes de la CGT-Daer y, en menor medida, la CGT-Moyano), estos trabajadores

¹⁸ Hacia comienzos de 2001 se registró un incremento en los conflictos laborales. Sin embargo, al menos $\frac{3}{4}$ partes de los mismos fueron protagonizados por trabajadores del sector público mientras que, entre los trabajadores del sector privado, la conflictividad retrocedió levemente (véase el artículo de A. Piva antes citado), aunque se recuperaría hacia fines de año.

del sector privado no se ubicarían en la vanguardia en el ascenso de las luchas sociales que preparó -ni, por consiguiente, intervendrían decisiva, colectiva y organizadamente en- la insurrección de diciembre.¹⁹

Este punto es decisivo y merece algunas consideraciones más. Los trabajadores del sector privado intervinieron a través de las huelgas generales y las movilizaciones organizadas por esas centrales sindicales, que así presionaban para negociar con el gobierno, la iglesia, los empresarios y los partidos burgueses una suerte de “acuerdo nacional” que preservara la gobernabilidad. Y también intervinieron individualmente en cortes de ruta, saqueos de supermercados, movilizaciones, enfrentamientos con la policía, etc. Pero no pudieron intervenir organizada y colectivamente de manera más protagónica –digamos, por ejemplo, mediante una huelga con ocupación generalizada de empresas- como habían intervenido en otras coyunturas de la historia argentina. Este hecho confirma la profundidad de la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que había tenido lugar durante la década previa y que aquí venimos analizando. Pero además, ciertamente, habida cuenta de la evidente centralidad que estos trabajadores del sector privado seguían conservando en la sociedad argentina, este hecho explica una de las debilidades fundamentales del ascenso de las luchas sociales que desembocó en la insurrección de diciembre. Insistimos en la aclaración: no estamos diciendo que la clase trabajadora de conjunto haya estado ausente de ese proceso de lucha: fueron sectores de esa clase trabajadora, los desempleados y los empleados públicos, en este orden, quienes constituyeron sus sujetos sociales decisivos. Estamos diciendo en cambio que el sector de la clase integrado por los trabajadores empleados en el sector privado no se encontró entre esos sujetos sociales fundamentales –y que este hecho restó a aquel proceso de lucha un sujeto decisivo, a pesar de la combatividad que demostraron estos otros sectores de la clase.²⁰ Estamos diciendo, simplemente, que este

¹⁹ Las huelgas generales y las centrales sindicales que las habían impulsado ya habían perdido su protagonismo, como ya señalamos, cuando se desarrolló el ascenso de las luchas que condujo a la insurrección de diciembre. Pero agreguemos ahora que fueron completamente superadas en la insurrección misma: las últimas huelgas del período, convocadas precisamente para el 20 de diciembre por la CTA y la CGT-Daer y para el 21 por la CGT-Moyano, fueron medidas tardías que resultaron superadas por los acontecimientos -e incluso potencialmente desmovilizadoras. Aquí volvemos a disentir con N. Iñigo Carrera (véase el texto ya mencionado) y M. C. Cotarelo (véase ahora “La insurrección espontánea de diciembre de 2002”, en *Herramienta* 19, Bs. As., 2002).

²⁰ Esto implica, naturalmente, que este proceso de lucha debe entenderse a partir de un análisis de clase. Ciertas interpretaciones de este proceso, en este sentido, reemplazaron este análisis de clase por la invocación de una masa indiferenciada. La palabra *multitud*, recién importada, fue la fórmula para dicha invocación. Sin importar aquí ni los problemas inherentes a este concepto

proceso de lucha fue un proceso de lucha de clase de la clase trabajadora –aunque encabezado por sectores de esa clase muy distintos de aquellos que habían encabezado las luchas en otros períodos históricos.

Consideremos finalmente a los llamados sectores medios, que también jugaron un papel decisivo en dicha insurrección pero cuyo análisis es más complejo. Parte de esta complejidad deriva, simplemente, de que estos sectores medios no son una clase, sino un agregado de individuos provenientes de distintas clases que comparten ciertos niveles de ingresos y ciertos valores culturales e ideológico-políticos. Así pues, una parte importante de estos sectores medios está integrada de hecho por trabajadores asalariados empleados en el sector público o privado (como profesionales, técnicos, académicos) que trabajan y viven en condiciones relativamente mejores que otros trabajadores pero que, en tanto tales, también fueron afectados por los sucesivos ajustes, el desempleo, las reducciones de salarios, los recortes de gastos sociales, etc. a los que nos referíamos más arriba. Pero asimismo hubo ciertos factores que afectaron de manera diferencial a estos sectores medios: habían sido particularmente dañados por algunas de las medidas de los ajustes (como los impuestos al consumo o los recortes de sueldos por encima de cierto monto), habían sido masivamente afectados por la propia depresión (en particular los pequeños productores urbanos y rurales y los pequeños comerciantes, los cuentapropistas dedicados a distintos servicios, los profesionales independientes) y habían sido las víctimas más directas del congelamiento de los depósitos bancarios.

Así es como estos sectores medios, que habían sido decisivos en el triunfo electoral de la Alianza apenas dos años antes, se sumaron con sus cacerolazos y sus movilizaciones a la resistencia contra su propio gobierno -cacerolazos y movilizaciones que alcanzaron su mayor masividad precisamente en los barrios característicos de la clase media capitalina como Belgrano, Palermo, Flores o Caballito. Esta intervención espontánea y masiva, aunque tenía algunos antecedentes como el apagón y cacerolazo contra el menemismo de septiembre de 1996 o las protestas contra los cortes de energía eléctrica de Edesur de febrero de 1999, no respondió a ninguna organización previa.²¹

de Negri y Hardt ni siquiera la paradoja de que dicho concepto es para los propios Negri y Hardt un concepto de clase (véase *Imperio*, Madrid, Paidós, 2002 y especialmente *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, Bs. As., Debate, 2004), la palabra multitud se convirtió en estas interpretaciones en una suerte de sustituto posmoderno de la palabra pueblo, sustitución de palabras para un mismo concepto y una misma pobreza de interpretación.

²¹ A diferencia de otros movimientos de la década, como el piquetero, los movimientos de estos sectores medios fueron poco estudiados -salvo alrededor de las asambleas. Una excepción está en algunos trabajos del Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales (CEICS), como los de G.

Más bien sucedió de la manera contraria: de esos cacerolazos y movilizaciones resultó esa inédita modalidad de organización que forjaron los sectores medios con las asambleas barriales. En efecto, desde las jornadas mismas de diciembre de 2001 hasta alrededor de marzo de 2002 se extendió una oleada de agrupamiento de asambleas vecinales en los barrios de la ciudad capital y en el conurbano bonaerense y, secundariamente, en algunas ciudades del interior. Estas asambleas, coordinadas en instancias interbarriales como las reunidas en Parque Centenario (Buenos Aires) o el Club Guttemberg (La Plata), prolongaron las jornadas de diciembre con nuevas movilizaciones y cacerolazos, escraches a bancos y tribunales que habían intervenido en la expropiación de depósitos, repudios a representantes políticos y a funcionarios y otras acciones.²²

No podemos ocuparnos aquí del desenvolvimiento posterior de estas asambleas barriales; sólo agreguemos dos consideraciones sobre la intervención en la insurrección de diciembre de los sectores medios organizados en ellas. Si dijimos que la ausencia de una intervención organizada y colectiva de los trabajadores del sector privado en el ascenso de las luchas sociales que desembocó en esta insurrección introdujo una de sus debilidades claves, ahora agreguemos que la presencia de una intervención colectiva de estos sectores medios introdujo una de sus fortalezas claves. Si dijimos también que la circulación de modalidades de lucha entre los diversos sujetos sociales intervinientes en esa insurrección de diciembre constituyó uno de los niveles en que se había realizado la confluencia entre esos diversos sujetos, ahora agreguemos que la confluencia en la lucha de estos sectores medios con otros sujetos sociales no incluyó solamente esa circulación de modalidades de lucha (como ciertamente sucedió, por ejemplo, en esa réplica de los piquetes con la quema de residuos en las esquinas porteñas a medida que

Rosati: “Recuerdos del futuro: inundaciones, peajes, impuestos y otros ataques del capital a la pequeña burguesía (1982-2000)”, en *Razón y revolución* 12, Bs. As., 2004, o de R. Telechea: “Historia de los cacerolazos: 1982-2001”, en *Razón y revolución* 16, Bs. As., 2006.

²² El Centro de Estudios Nueva Mayoría contabilizó en marzo de 2002 unas 272 asambleas, de las cuales 112 se encontraban en Capital y 105 en Provincia de Buenos Aires, particularmente en el conurbano, 37 en Santa Fé y 11 en Córdoba. Estas asambleas sí fueron profusamente estudiadas. Una de las primeras publicaciones acerca de las mismas fue el fresco AAVV: *¿Qué son las asambleas populares?*, Bs. As., Continente – Peña Lillo, 2002. Pero recomendamos especialmente los trabajos de H. Ouviaña, como “Las asambleas barriales: apuntes a modo de hipótesis de trabajo”, en *Theomai* (número especial), Bernal, UNQ, 2002, y del equipo dirigido por A. M. Fernández, reunidos en A. M. Fernández y colaboradoras/es: *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*, Bs. As., Tinta limón, 2006. También pueden consultarse AAVV (2003): *Movimientos sociales emergentes en la Argentina. Asambleas: la politización de la sociedad civil*, Bs.As., UNGSM – J.Baudino, 2003.

avanzaban las columnas de vecinos), sino también ciertos momentos, incipientes y fugaces, de confluencia a nivel de la conciencia o, en otras palabras, de confluencia en la práctica conciente de sí. Uno de estos momentos se situó en la marcha piquetera de La Matanza a Plaza de Mayo que D'Elía y Aldetere encabezaron el 28/1/02: las asambleas decidieron apoyar la marcha en una interbarrial que reunió a unos 3.000 asambleístas y la acompañaron sirviendo desayunos a los desempleados al grito de *piquete y cacerola, la lucha es una sola!*

A manera de conclusión

Afirmábamos al comienzo de este trabajo que nos valdríamos del concepto de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases para conceptualizar las características novedosas que fueron adquiriendo las luchas sociales en Argentina durante la década de los noventa. Ahora podemos añadir que si, como también afirmamos más arriba, en la insurrección que cierra dicha década se puso en evidencia de manera privilegiada la metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que había tenido lugar, entonces es previsible que este concepto de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases pueda ayudarnos en gran medida a conceptualizar la propia insurrección de diciembre. Así es, efectivamente: esa metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases durante la década de los noventa determina la metamorfosis en el modo de insurrección que cierra dicha década.

Sin valerse de este concepto de metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases, en pocas palabras, así las luchas sociales de la década como la insurrección que la cierra resultan, o bien distorsionadas, o bien invisibilizadas. Revisar algunos análisis de izquierda del período alcanza para ilustrar ambos peligros, opuestos en apariencia aunque en secreto solidarios. Revisemos pues las interpretaciones de la insurrección de diciembre realizadas a la luz de un modelo correspondiente a un modo de insurrección inherente a un modo de desenvolvimiento de la lucha de clases del pasado, digamos, para simplificar, un modelo *Cordobaza de 1969*. La aplicación de este modelo a los acontecimientos de diciembre puede arrojar dos resultados igualmente inaceptables: ya sea a identificar estos acontecimientos con ese modelo –perdiendo de vista las profundas diferencias existentes entre ambos- o a negar a estos acontecimientos

su carácter insurreccional a la luz de ese modelo –subestimando su importancia.²³ El concepto de modo de desenvolvimiento de la lucha de clases puede ayudarnos, acaso, a visibilizar sin distorsiones acontecimientos como estos. Y un concepto es virtuoso, precisamente, en la medida en que puede traernos a la luz su objeto.

Resumen

Es sabido que durante la década de los noventa se registraron profundos cambios en las características de las luchas sociales en nuestro país, cambios que se hicieron evidentes en la segunda mitad de la misma. Esta ponencia propone un acercamiento a esos cambios, conceptualizándolos como una metamorfosis en el modo de desenvolvimiento de la lucha de clases. Se emplea “modo de desenvolvimiento de la lucha de clases” como una categoría de un nivel intermedio de abstracción que remite a la manera específica en que se desarrolla la lucha de clases (sus sujetos, demandas, modos de organización y de acción) durante un período histórico determinado. Y la ponencia apunta a esquematizar la metamorfosis de ese modo de desenvolvimiento de la lucha de clases que fue afianzándose paulatinamente a través de los sucesivos ascensos de las luchas sociales durante la década.

²³ J. Altamira en *El argentino. El presente como historia*, Bs. As., Rumbos, 2001, provee un claro ejemplo del primer enfoque. Y además, puesto que el modelo autóctono es asimilado a su vez al modelo del octubre ruso, proliferan a continuación las organizaciones piqueteras devenidas partidos bolcheviques, las asambleas populares devenidas soviets, los gobiernos duhaldistas devenidos kerenskystas y otras curiosas especies. Pero el justo rechazo de este tipo de enfoques no puede conducir, como sucede en R. Astarita: “El levantamiento popular contra De La Rúa – Cavallo”, en *Debate Marxista* 4, Bs. As., 2002, a un rechazo sin más del carácter insurreccional de esos acontecimientos de diciembre.